

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

Redes e instituciones del revisionismo histórico argentino, 1955-1973.

Goebel, Michael.

Cita:

Goebel, Michael (2005). *Redes e instituciones del revisionismo histórico argentino, 1955-1973*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/153>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Redes e instituciones del revisionismo histórico argentino, 1955-1973

Ponencia propuesta para la mesa N° 16 “Los usos del pasado en la Argentina (1870-1970)”
Coordinadores: Alejandro Eujanian y Alejandro Cattaruzza
X° Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia
Rosario, 20-23 de septiembre de 2005
Michael Goebel, University College London

Son los puntos vitales de conexión, donde una versión del pasado es usada para ratificar el presente e indicar direcciones para el futuro, que hacen que una tradición selectiva sea a la vez poderosa y vulnerable.

Raymond Williams, *Marxism and literature* (1977)

Introducción

En los trabajos sobre temas apenas cuantificables que pertenecen a la historia contemporánea, como éste, a menudo resulta difícil encontrar un punto de partida sobre el cual todo el mundo esté de acuerdo. En cuanto a la cuestión tratada en esta ponencia, el revisionismo histórico de los sesenta, el argumento que más cerca llega a tal consenso es quizás la aseveración que sostiene que esta empresa historiográfica tuvo una capacidad considerable de moldear el imaginario que los argentinos tenían de su pasado. Esta afirmación se lee no sólo en las auto-felicitaciones revisionistas de la época sino también en las tentativas de explicar ese fenómeno de autores que son poco sospechosos de simpatizar con el revisionismo. Así, en 1970 Tulio Halperín Donghi constató que “la obra de la revisión histórica podía [...] considerarse completa; el movimiento intelectual que la había promovido lograba [...] un inesperado triunfo.”¹ Este éxito, pues, aquí se toma como punto de partida.

Salvo en los pocos trabajos que se dedican explícitamente al estudio del revisionismo, muchas veces más preocupados con sus orígenes que con su desarrollo posterior,² el fenómeno se ha analizado principalmente como parte de

¹ Tulio Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino* (Buenos Aires y México D. F.: Siglo XXI, 1971), p. 43.

² El único libro aparte del ya mencionado largo ensayo de Halperín (Diana Quattrocchi-Woisson, *Un nationalisme de déracinés: l'Argentine, pays malade de sa mémoire* (París y Tolosa: CNRS, 1992)) sólo llega hasta el derrocamiento de Perón.

procesos más generales en el campo cultural o el discurso intelectual.³ Estos estudios son importantes para entender el éxito del revisionismo ya que éste en gran parte se debe a cambios culturales y políticos más generales y no a su propia originalidad. Como ha sostenido Oscar Terán, “la fuerza del revisionismo no finca en esos años en ningún aporte novedoso, puesto que ha llegado a un grado extremo de codificación de su propio discurso que sólo le permite ampliar en cantidad (en el mejor de los casos) las presuntas evidencias que venía sustentando desde décadas atrás.”⁴ Pero, ¿significa esto que cualquier análisis que se acerca al tema desde el propio revisionismo sería necesariamente inútil? Si Terán tiene razón que una reconstrucción de los contenidos del relato revisionista contribuye relativamente poco para que se entienda su éxito, quizás sin embargo sería interesante analizar las formas organizativas sobre las cuales se edificó el avance del revisionismo. En otras palabras, habría que explicar qué relación tuvieron las instituciones y los espacios de sociabilidad del revisionismo con este éxito que, de algún modo, parece haberse escapado del control de los propios revisionistas. Éste es el objetivo de esta ponencia.

Las estructuras o constelaciones organizativas del revisionismo, pues, se interrogarán en cuanto a su aporte a lo que llamamos el éxito del revisionismo. Para empezar, nos basaremos en una recomendación de Raymond Williams para el estudio de lo que aquel autor ha denominado “tradiciones selectivas” que se apoyarían tanto en instituciones como en “formaciones”, menos tangibles pero no por ello menos significativas.⁵ En un primer paso, se analizarán así los contactos del revisionismo con el poder gubernamental y con el estado en los años post-peronistas. Segundo, se examinará el rol jugado por instituciones privadas e iniciativas similares entre cuyos objetivos el fomento del revisionismo desempeñaba un papel central. Se trata aquí, en especial, del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas”, pero tendremos en cuenta grupos parecidos, en general menos conocidos y más frágiles. Luego, se considerará la posición que periódicos y editoriales ocuparon para la difusión del revisionismo. Por último, serán delineados algunos datos sobre las conexiones entre la militancia política (sobre todo peronista) y el revisionismo.

³ Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002) y Oscar Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, 3ª edición (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1993).

⁴ Terán, *Nuestros años sesentas*, p. 57.

⁵ Raymond Williams, *Marxism and literature* (Oxford: Oxford University Press, 1977), pp. 115-117.

1. Revisionismo y poder político

En su estudio sobre intelectuales en la década de '60, Silvia Sigal sostiene que mientras el acceso al poder político de los intelectuales progresistas estaba limitado, el papel de consejeros del príncipe fue asumido por “ideólogos nacionalistas”.⁶ Si a esta última categoría también pertenecen los revisionistas, el argumento de Sigal contrasta fuertemente con la tendencia de muchos revisionistas a presentarse a sí mismos como excluidos del sistema. Es cierto que esta auto-representación se refería sobre todo a la posición supuestamente subordinada del revisionismo en el campo cultural y no en el político. Pero el hecho de que el revisionismo tendía a identificar a la dominación cultural con el poder político hizo que muchos revisionistas apenas distinguieran entre las esferas cultural y política y llegaran a verse como un grupo también políticamente marginal. Era precisamente el tema de ser “silenciados” y “marginados” por el oficialismo que conformaría un *leitmotiv* de la literatura revisionista del cual buscó extraer gran parte de su legitimidad.

Ahora bien, ¿cuál era la posición de los revisionistas frente a la elite y específicamente al poder político después de 1955? Dada la composición social e intelectual de los sectores nacionalistas y católicos de las fuerzas armadas que cumplieron el papel decisivo en el derrocamiento de Perón habría que sospechar vínculos estrechos entre el equipo de Eduardo Lonardi y el revisionismo histórico. Aunque estos lazos existían, notablemente en Luís María de Pablo Pardo, socio del Instituto Rosas cuyo nombramiento como ministro del interior contribuyó a provocar el golpe palaciego de los sectores más liberales alrededor de Isaac Rojas y Pedro E. Aramburu, fue después de este desplazamiento del poder de los nacionalistas y la reiterada evocación de la llamada “línea Mayo-Caseros” por parte de las nuevas autoridades cuando el revisionismo volvió con fuerza como arma política. Recién a partir de 1957, aumentó la cantidad de evocaciones del pasado en un sentido claramente revisionista en un periódico como *Azul y Blanco*, es decir en un momento cuando el acceso al poder político fue vedado a sus colaboradores.⁷ Un proceso similar se produjo en el ámbito peronista así que se constituyó el conglomerado de nacionalistas católicos y populistas con grupúsculos identificados con el peronismo proscrito bajo el lema común de ser ilegítimamente excluidos tanto del poder

⁶ Sigal, *Intelectuales y poder*, p. 63.

⁷ Esta tendencia se hizo sentir sobre todo hacia fines de 1957 y en el año siguiente, cuando Leonardo Castellani, José María Rosa o Ramón Doll empezaron a contribuir con artículos, acompañados por quejas que el gobierno silenciara a los intelectuales nacionalistas (por ejemplo N° 106, 24 junio de 1958).

político como de la cultura dominante, impresión que se manifestaba en invectivas antiintelectualistas.⁸

Por otro lado, la auto-percepción de ser los “malditos” llevó a los revisionistas a exagerar su exclusión, sobre todo en relación con el poder político. Así, la carta que el gobernador radical intransigente de la provincia de Buenos Aires, Oscar Alende, dirigió a José María Rosa para lamentar su ausencia en el acto que el Instituto Rosas había organizado para conmemorar la batalla de Vuelta de Obligado en 1958, hizo traslucir que las relaciones entre ambos no eran tan malos como los revisionistas reclamaron en otros momentos.⁹ En un principio tampoco hubo obstáculos para que intelectuales nacionalistas adhirieran al frondizismo, como se vio en las contribuciones de ensayistas como Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz en el semanario *Qué (sucedió en siete días)*. Algunos años más tarde, *Primera Plana* daría a conocer que hasta el propio Frondizi se había declarado admirador de Rosas.¹⁰ Pero, como se sabe, la mayoría de los intelectuales, incluyendo los nacionalistas, que habían brindado su apoyo al flamante gobierno de Frondizi prontamente se declararon decepcionados por lo que vino a ser llamado la “traición Frondizi”.

Los revisionistas tuvieron que esperar hasta 1966, cuando el golpe de Onganía mejorara la expectativa que su demanda de convertirse en la nueva historia oficial finalmente se cumpliera. Hubo algunos indicios positivos. La salida forzada de Boris Spivacow de Eudeba en 1966 ayudó a abrir el camino para algunas publicaciones revisionistas por esta editorial. En 1969, el secretario de educación Dardo Pérez Guilhou nombró como director de un programa para reformar la educación de adultos a Jorge María Ramallo quien había sido director de la revista del Instituto Rosas entre 1958 y 1963. Como también se advirtió en el caso de algunos miembros del grupo nacionalista reunido en el Ateneo de la República que tuvo contactos tanto en el gobierno como en el Instituto Rosas, estos vínculos fueron establecidos sobre todo por intelectuales nacionalistas de cuño autoritario, en general secundarios desde la perspectiva historiográfica o ensayista. Como autor, Ramallo era prácticamente desconocido para el público lector. La influencia de los neo-revisionistas ampliamente leídos como Hernández Arregui o Jauretche al nivel

⁸ Según Pierre Bourdieu, *Les règles de l'art: genèse et structure du champ littéraire*, 2ª edición (Paris: Éditions du Seuil, 1998), p. 459 el conservadurismo populista, basado en el antiintelectualismo, “endémicamente acosa las capas inferiores de la intelligentsia”.

⁹ *Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas*, N° 18 (1958), p. 116.

¹⁰ *Primera Plana*, N° 75, 14 de abril de 1964.

gubernamental o en el aparato cultural del estado siguió siendo limitada. Cuando esto cambió parcialmente a través de la apertura de las llamadas cátedras nacionales en la Universidad de Buenos Aires (que posibilitó el avance del revisionismo populista en un espacio que le había estado casi completamente vedado hasta aquel momento), esto se debió menos a directivas gubernamentales que al rumbo político que por entonces tomó el estudiantado.¹¹

La ocupación más amplia de cargos en el aparato cultural del estado por intelectuales nacionalistas de izquierda sólo se produjo tras el retorno al poder del peronismo en 1973. Los ejemplos más conocidos son los nombramientos de Puiggrós como rector de la UBA y Jauretche como director de Eudeba, pero la lista podría ser ampliada, sobre todo en el terreno de la universidad. Al mismo tiempo, políticos y/o intelectuales vinculados a las instituciones más formales del revisionismo, y a la derecha peronista y nacionalista, también llegaron a lugares del poder, como Alberto Baldrich, un nacionalista de extrema derecha, quien fue nombrado ministro de educación de la provincia de Buenos Aires. Así se produjo una suerte de “oficialización” del revisionismo. En 1973 la fecha conmemorativa del revisionismo, el 20 de noviembre, se consagró como feriado nacional. Pero en ese momento de “oficialización” el revisionismo ya había conquistado el público. Para los años anteriores a 1973, poco indica que su difusión masiva en se debiera a los vínculos de algunos revisionistas con el poder político. Los resultados de tales iniciativas eran modestos si el objetivo era acuñar rotundamente la política educativa del estado.

2. Las instituciones del revisionismo en los sesenta

No era que el revisionismo no hubiese buscado construir instituciones para impulsar sus propósitos hacia un público más amplio. En general se trataba de iniciativas que se desarrollaron fuera de los ámbitos culturales estatales y, en especial, fuera de las universidades públicas. En cierta medida el primer peronismo había puesto entre paréntesis la marginalidad del revisionismo en a las universidades. Así, entre los consejeros de la Facultad de Derecho de la UBA, encontramos el diputado peronista John William Cooke, quien a partir de 1954 también se desempeñaba como vicepresidente del Instituto Rosas, y Juan Pablo Oliver como profesor del Instituto de

¹¹ Aunque el catolicismo de Gonzalo Cárdenas y Justino O'Farrell probablemente suavizó las relaciones con el régimen militar.

Historia de Derecho de esa facultad, mientras un intelectual nacionalista de extrema derecha como Alberto Baldrich era docente en la Facultad de Economía y en la de Filosofía y Letras enseñaban, por ejemplo, Gabriel Antonio Puentes, Rodolfo Tecera del Franco o José María Rosa. Pero la situación para los revisionistas en las universidades empeoró mucho con el golpe antiperonista cuando prácticamente todos fueron expulsados de sus cargos. Sea porque pocos revisionistas podían o querían cumplir con los estándares científicos de la universidad o sea por razones político-ideológicas, los años entre 1955 y 1970 no fueron buenos para la posición en la universidad pública de esta corriente historiográfica.

En cambio, desde su inicio en la década del treinta, el revisionismo había buscado de expresar sus intereses — culturales y políticos — a través de varias instituciones o asociaciones de las cuales el Instituto Rosas era la más destacada. Este instituto reclamaba ser la representación principal del revisionismo histórico.¹² Fundado en 1938 por un grupo de intelectuales nacionalistas que recientemente habían descubierto su vocación por la historia, como Ramón Doll, Julio Irazusta o Manuel Gálvez, además de personas con ambiciones más decididamente políticas, como Alberto Contreras, se trataba de una iniciativa privada hasta que se convirtió en organismo nacional en 1997. Se financiaba mayoritariamente por aportes individuales y de los socios, aunque después del derrocamiento de Perón, algunos sindicatos culturalmente activos como el de perfumeros y farmacia o de telefónicos ofrecieron algunas contribuciones. De 1951 hasta 1968, su presidente era José María Rosa, funcionario del uriburismo en la provincia de Santa Fe a principios de los treinta que tres décadas más tarde declaró sus simpatías con la Revolución Cubana. El Instituto buscó satisfacer su objetivo declarado (contribuir a la revisión de lo que sus socios entendían como “historia oficial”) con la publicación de una revista y un boletín, pero éstas no lograron una aparición regular entre la fundación del Instituto y su cierre temporal en 1971. Esta inestabilidad se debía, no solamente a presiones externas como las que se experimentaron durante la Revolución Libertadora cuando el Instituto permaneció prácticamente cerrado, sino también a los conflictos a veces insuperables entre los propios socios. Existían divergencias ideológicas entre los rosistas de la primera hora y otros recién llegados que muchas

¹² Con respecto al Instituto Rosas, véase Quattrocchi-Woisson, *Un nationalisme*, Julio Stortini, “Historia y política: producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo”, *prohistoria*, no. 8 (2004), pp. 229-249 y del mismo autor “Polémicas y crisis en el revisionismo argentino: el caso del Instituto de Investigaciones Históricas ‘Juan Manuel de Rosas’ (1955-1971)”, en Devoto y Pagano (comps.), *Historiografías académica y militante*, pp. 81-106.

veces expresaban una perspectiva política más izquierdista, como Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, a pesar de que el Instituto seguía siendo un núcleo que principalmente reunía nacionalistas de cuño autoritario, jerárquico y muchas veces católico.¹³

A pesar de estas tensiones (a las cuales retornaremos más adelante) el Instituto Rosas era la institución más estable en el ámbito revisionista. Otros proyectos que aspiraban construir instituciones para fomentar una versión revisionista del pasado nacional se mostraban más frágiles y en general resultaron efímeras. El Instituto de Estudios Federalistas de Santa Fe, también fundado en 1938, nunca logró un nivel de importancia comparable a la institución porteña. Algunas de las varias empresas que se fundaron a partir de 1955 y que tenían objetivos similares o bien fueron concebidos directamente como sucursales locales del Instituto Rosas, como ocurrió con el Instituto “Juan Facundo Quiroga” de Investigaciones Históricas en Mendoza, fundado en 1959, o bien dependían de su apoyo intelectual y económico, como en el caso del Instituto de Estudios Históricos y Sociales Argentinos “Alejandro Heredia” en Tucumán, que también abrió sus puertas en 1959. Este último publicó una revista, inequívocamente llamada *Revisión Histórica*, cuyo tercer número ya mostró huellas de las dificultades económicas que subsiguientemente impidieron la producción de un cuarto número.

Además de su fugacidad y precariedad estas instituciones se diferenciaban del Instituto Rosas por el hecho de que sus integrantes eran menos nítidamente separados de la llamada “historia oficial”. Por ejemplo, el Consejo Provincial de Difusión Cultural contribuyó al costo del papel para la publicación de *Revisión Histórica*. Uno de sus contribuidores, Manuel García Soriano, quien el 20 de noviembre de 1960 dio una charla titulada “La historia que nos contaron es mentira”, también era reconocido como uno de los historiadores principales en el ámbito académico tucumano.¹⁴ Del mismo modo se establecieron colaboraciones entre las juntas de historia provinciales, fundadas en su mayoría en dos olas (una primera entre 1934 y 1940 y una segunda en los sesentas). Como lo demostraron las actividades de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca, también aquí el interés

¹³ Véase la polémica sobre la guerra del Paraguay entre Juan Pablo Oliver y Ortega Peña y Duhalde en los números 4-6 (abril, mayo y septiembre de 1969) de la segunda época del *Boletín del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas*.

¹⁴ *Revisión Histórica*, N° 1, mayo de 1960, p. 79. La información sobre sus actividades universitarias proviene de Armando Raúl Bazán, “La investigación histórica en la Argentina (1940-1973)”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 16 (1974), pp. 211-227, p. 215.

principal residía en los caudillos federales. Se organizaron jornadas de homenaje para Felipe Varela y Ángel Vicente Peñaloza en los cuales asistieron historiadores provenientes de varias juntas provinciales junto con revisionistas conocidos al nivel nacional, como Ortega Peña o Fermín Chávez.¹⁵

Aunque los contactos entre revisionismo e “historia oficial” eran más acentuados en el ámbito provincial donde los límites entre historiadores profesionales y aficionados eran más borrosos, también en Capital existió cierto eclecticismo. Esto se mostraba en el Centro de Estudios de Historia Argentina, en cuya fundación, en 1963, Diego Luis Molinari desempeñó una actuación importante. Sin una orientación revisionista muy clara en su principio asumió un rumbo más decididamente nacionalista y autoritario hacia fines de los sesenta. Renombrado como Fundación Nuestra Historia, obtuvo personería jurídica a través de una resolución de la Secretaría de Estado de Justicia en marzo 1969 y, a partir de ese momento, aparentemente aprovechó apoyo oficial, al cual Ramallo, uno de sus tres directores, tuvo acceso privilegiado. Dedicado principalmente a elaborar propuestas para la enseñanza secundaria, en 1973, con Julio Irazusta, Pedro Santos Martínez y Joaquín Pérez en su consejo honorario, la fundación contó con tres miembros de la Academia. Que los contactos con ésta eran buenos se podía advertir en las páginas de su publicación *Nuestra Historia*. Acaso estos contactos eran la razón por la cual, a diferencia del tono usualmente polémico y beligerante en las publicaciones del Instituto Rosas, el revisionismo de *Nuestra Historia* se manifestó más en los nombres de las personas que cooperaron que en los propios textos.

A pesar de las diferencias entre todas esas instituciones, tenían en común una composición personal — con frecuentes coincidencias — en la cual el neo-revisionismo populista y marxista era escasamente representado. Llama la atención la ausencia de muchos de los autores de los libros revisionistas más vendidos de los sesenta. Cuando figuraban en las listas de socios (como Jauretche en la del Instituto Rosas hacia fines de la década) en general no desempeñaron un papel destacado. No obstante los esfuerzos de Rosa como presidente del Instituto Rosas de compatibilizar las brechas entre los tradicionalistas de la primera hora y la izquierda nacional, llegada al revisionismo más recientemente, una importante actuación de autores como Hernández Arregui, Puiggrós o Ramos en las mencionadas

¹⁵ Para las jornadas sobre Felipe Varela (del 7 al 9 de abril de 1967) véase *Nuestra Historia*, N° 1, enero de 1968, pp. 51-53 y para el homenaje del Chacho Peñaloza véase *Todo es Historia*, N° 31, noviembre de 1969, p. 55.

instituciones del revisionismo sería difícilmente imaginable, en parte quizás por el escepticismo de estos últimos en lo que se refería a la glorificación de Juan Manuel de Rosas. Si bien el Instituto Rosas era el núcleo revisionista principal, esta institución — la más estable con la que contó el revisionismo — no logró reunir todos los representantes de un arco ideológico cada vez más heterogéneo. Muchos de los autores que más contribuyeron a la popularización del revisionismo, especialmente los de la izquierda nacional, se movían fuera del instituto.

3. Periódicos y editoriales

La conquista del espacio público del revisionismo se llevó a cabo a través de periódicos, prácticamente todos ligados a cierta tendencia política peronista y/o nacionalista, y a través de algunas editoriales. En la segunda mitad de los cincuenta, y a principios de la década siguiente, pueden mencionarse cuatro semanarios importantes para la popularización del revisionismo: el nacionalista *Mayoría*, el frondizista *Qué* y, un poco más tarde, los populistas *Santo y Seña* y *El Popular*, todos combinando preocupaciones intelectuales y políticas. *Mayoría*, por ejemplo, en 1957 hizo campaña para el neo-peronista Alejandro Leloir y luego para el sindicalista Andrés Framini, mientras que Fermín Chávez publicó reseñas sobre los últimos aportes al revisionismo y el prolífico Rosa contribuyó una columna permanente sobre historia, a partir de 1959 llamada “Correo histórico”. Además, se difundían avisos sobre libros o conferencias revisionistas. Ya en el año 1957 se fundó otro periódico, dirigido por Eduardo Astesano, que ya desde su título (*Columnas del Nacionalismo Marxista de Liberación Nacional*) indicaba que su objetivo principal residía en aglutinar intelectuales nacionalistas, marxistas y peronistas. Como el nacionalista católico Chávez dejó vislumbrar en un artículo se trataba de una iniciativa *ad hoc*, posibilitada por contactos personales para los cuales un marco institucional formalizado no jugaba un rol significativo.¹⁶ Quizás por falta de tales estructuras estables las *Columnas* solamente llegaron a sacar tres números.

Algo parecido ocurrió con algunas editoriales que, aparte de periódicos, eran el mecanismo más eficiente para la difusión del revisionismo en los años sesenta. En este terreno también se notaba una diferenciación entre aquellas que se dedicaban principalmente a la publicación de autores de orientaciones autoritarias y

¹⁶ *Columnas del Nacionalismo Marxista de Liberación Nacional*, N° 1, 14 de julio de 1957, p. 1.

jerarquizantes y otras que, o cubrían un espectro ideológicamente más amplio. Dentro de la primera categoría podríamos incluir Theoría que se estableció como editorial de muchos autores del Instituto Rosas. En consecuencia, se conoció como una empresa cultural del nacionalismo de derecha, reputación reforzada por la publicación del sacerdote antisemita Julio Meinvielle. El período más activo de su dueño coincidió con el ciclo de la proscripción del peronismo y llegó a un auge alrededor del año 1966 cuando produjo al menos 13 títulos.¹⁷

Pero la editorial que tuvo más éxito en el ámbito del revisionismo era la de Arturo Peña Lillo. En comparación con Theoría, tanto el abanico ideológico de su lista de autores como los sujetos que los libros allí publicados trataban eran notablemente más amplios (aunque no se publicaron novelas).¹⁸ Con una trayectoria en el comunismo, este editor llegó a gozar de una reputación nacionalista con la publicación de la *Historia argentina* de Ernesto Palacio en 1954, momento a partir del cual publicó muchos autores revisionistas y nacionalistas con éxito considerable. Éste se debía especialmente a la colección “La Siringa” que se vendió a precios baratos en los kioscos, es decir con la misma estrategia que benefició a Eudeba. De este modo aprovechó la expansión del público lector, debida en buena parte al aumento del estudiantado. Con *El medio pelo en la sociedad argentina* de Jauretche logró uno de los mayores éxitos de venta de la época.¹⁹ Pero no se trataba aquí de un negocio profesionalizado, como era el caso con Jorge Álvarez, sino de una empresa esencialmente llevada a cabo por una sola persona cuyo criterio de selección de autores obedeció a consideraciones más políticas que económicas y que consecuentemente se conoció como etiqueta de los ensayos del nacional-populismo. Alrededor de la editorial se creó un espacio de sociabilidad (no apoyado en instituciones formales) en el cual frecuentaban, como ha afirmado el propio Peña Lillo, autores tan disímiles como Hernández Arregui y Marcelo Sánchez Sorondo.²⁰ La consagración cultural de sus productos se buscaba sobre todo horizontalmente, es decir: los autores mutuamente se dedicaron reseñas, muchas veces en periódicos

¹⁷ Las informaciones sobre la cantidad de títulos publicados se basa en una búsqueda de varios catálogos de bibliotecas internacionales y, por lo tanto, es aproximativa.

¹⁸ Las informaciones sobre Peña Lillo provienen de una entrevista con el autor, Buenos Aires, 9 de diciembre de 2004, y de Arturo Peña Lillo, *Memorias de papel: los hombres y las ideas de una época* (Buenos Aires: Galerna, 1988).

¹⁹ Entre noviembre de 1966 y julio del año siguiente hubo nueve ediciones y figuró como el libro más vendido en la lista de best-seller de *Primera Plana*, N° 204, 22 de noviembre de 1966. Casi un año más tarde (*Primera Plana*, N° 249, 3 de noviembre de 1967) todavía seguía segundo.

²⁰ Peña Lillo, *Memorias*, p. 88.

como los mencionados anteriormente, mientras que los directores de estos últimos ofrecieron espacios gratuitos para avisos de publicidad de la editorial de Peña Lillo.

Los nexos personales entre estas editoriales y periódicos tenían poco que ver con instituciones como el Instituto Rosas o asociaciones sistemáticamente concebidas para promover el revisionismo. Más bien descansaron sobre redes informales entre personas cuyas actividades generalmente se movían entre la cultura y la política, dependiendo fuertemente de la coyuntura. Necesariamente, su función podía ser más amplia que la estrechamente definida del Instituto Rosas, lo que les permitió cierto grado de flexibilidad y permeabilidad hacia el agitado campo político. De este modo, mientras el Instituto Rosas en los sesenta ya daba la impresión de una reliquia donde se reunían hombres viejos, nostálgicamente apegados a otra época, Jauretche reclamaría en 1959 que el revisionismo se politizara aún más.²¹ Esta demanda efectivamente sería compartida por amplios sectores, sobre todo en la cada vez más vasta órbita del peronismo proscrito. Tan profunda era la transformación de motivos revisionistas en lemas peronistas que no parece exagerado buscar en esta convergencia una razón principal del avance del revisionismo.

4. La convergencia entre revisionismo y peronismo

La apropiación del relato revisionista por parte del peronismo se manifestó muy poco después de la caída de Perón, incluso en un libro del propio Perón donde por primera vez reivindicó al gobierno de Rosas como un ejemplo destacado de la lucha por la “soberanía nacional” y contra la “traición”.²² Al mismo tiempo, aparecían en la prensa peronista referencias al pasado que sostenían que existía una analogía entre Rosas y Perón ya que ambos habrían caído víctimas de una conspiración oligárquica y antinacional. La reiterada evocación de la *línea Mayo-Caseros* por parte del gobierno de facto de Aramburu y la concomitante afirmación que el peronismo debía ser visto como “la segunda tiranía” (la primera habría sido la de Rosas) sin duda ayudó a que el peronismo aceptara por verosímiles estas comparaciones, aunque invirtió su valorización originalmente peyorativa. Así, el semanario peronista *Palabra Argentina* destacó que “[p]or primera vez un Gobierno de una revolución invoca

²¹ Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico* (Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1959).

²² Juan Domingo Perón, *Los vendepatria: las pruebas de una traición* (Buenos Aires: Liberación, 1958), p. 220.

como 'glorioso' precedente el pronunciamiento del General Urquiza y la triste acción militar de Caseros" y añadió en tono indignado que "Caseros no fue la 'liberación de la dictadura', sino la declinación del sentido nacional de personalidad y soberanía."²³

A largo plazo, la apropiación del revisionismo entre sectores peronistas adquirió funciones más específicas. La reivindicación de objetivos políticos encontró su anclaje en una genealogía histórica en la que, quienes la construyeron, se presentaron a como los herederos más recientes de una larga tradición. En su comunicado publicado en *Cristianismo y Revolución* los Montoneros declararon que

[p]or lo mismo que desde nuestro primer comunicado nos hemos identificado peronistas y montoneros, no creemos que las luchas comiencen con nosotros, sino que nos sentimos parte de la última síntesis de un proceso histórico que arranca 160 años atrás.²⁴

Pero si los grupos mayormente compuestos de jóvenes de la clase media utilizaron la historia, entre otras razones, para consolidar sus dudosas credenciales como parte legítima del movimiento peronista, el uso del revisionismo no se limitaba a los sectores juveniles, sino que llegó a ser un ingrediente de la cultura política de todas las corrientes del peronismo.

En estas confluencias se establecieron redes sociales cuyos integrantes vacilaban entre historiografía y actividades políticas. El revisionista Atilio García Mellid era un típico ejemplo de esto. Ya era socio del Instituto Rosas a principios de los cincuenta, como *ex-forjista* había declarado tempranamente su apoyo al gobierno peronista y, tras el golpe de 1955, se afilió a la Unión Popular, el partido neo-peronista liderado por Juan Atilio Bramuglia. Al mismo tiempo publicó artículos revisionistas, por ejemplo en *Mayoría*, y dictó una conferencia en la Facultad de Derecho de la UBA, invitado por un grupo de estudiantes de orientación nacionalista.²⁵ Más tarde formaría parte de un grupo que, bajo el título "Centro de Estudios de Problemas Argentinos" (cuyo "presidente" era Baldrich) reuniría políticos peronistas como Antonio Cafiero, Pedro Michelini o Jorge Taiana con escritores revisionistas como Rosa, Doll y el propio García Mellid.

Otro ejemplo de la oscilación entre cultura y política que se podría mencionar era el grupo marxista-peronista CONDOR, integrado entre otros por Hernández Arregui, Ortega Peña y el sindicalista Alberto Belloni que también publicaba con Peña Lillo. En la declaración de sus objetivos también figuraba el revisionismo

²³ *Palabra Argentina*, Nº 2, 1 de diciembre de 1955.

²⁴ "Hablan los Montoneros", en *Cristianismo y Revolución*, Nº 26, noviembre/diciembre de 1970, p. 11.

²⁵ Por ejemplo Atilio García Mellid, "Dorrego: un símbolo de nuestra historia", en *Mayoría*, Nº 10, 10 de junio de 1957. Sobre la conferencia véase *Mayoría*, Nº 34, 25 de noviembre de 1957.

histórico, entendido como elemento importante en el camino de la concientización revolucionaria.²⁶ Las actividades de Ortega Peña y su socio Duhalde incluyeron la práctica de abogacía para la UOM vandorista, escribir discursos para Framini, la militancia política en múltiples grupúsculos (peronistas a partir de aproximadamente 1957), llevar a cabo polémicas historiográficas en las páginas del boletín del Instituto Rosas, publicar notas biográficas sobre caudillos decimonónicos en el semanario peronista de izquierda *Compañero* y, más tarde, lanzar la editorial revisionista *Sudestada*.²⁷ En 1963 asumieron la defensa legal de militantes del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), un nexa que terminó en la publicación de un comunicado firmado por CONDOR y el MNRT en el cual ambos grupos expresaron su adhesión al peronismo.²⁸ El núcleo original de este último grupo, a su vez, tenía múltiples vínculos con el nacionalismo de derecha a través de su líder original, el seminarista Alberto Ezcurra Uriburu. Eligió el 20 de noviembre como fecha principal para actos violentos, tanto por la batalla de Vuelta de Obligado como por la muerte de José Antonio de Primavera. Como se sabe, dos militantes de Tacuara (Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus) luego participarían en el núcleo original de Montoneros.

Ahora bien, no se trata aquí de establecer vínculos entre un gran número de personas y grupos (que de todos modos podrían ser extendidos casi *ad infinitum*) para sostener que dado que A conoce a B y B conoce a C, A y C deben formar parte de un mismo conjunto. Lo que importa, en cambio, es mostrar que las prácticas de difusión del revisionismo histórico en los sesenta penetraban múltiples esferas cuyos límites entre sí eran muy borrosos. Esta multiplicidad compleja de vínculos personales a través de las cuales se llevaban a cabo prácticas culturales y políticas no se basaba en una institucionalidad estable. En este campo difuso y extendido, una institución con un objetivo relativamente limitado y claramente definido como el Instituto Rosas (la divulgación del rosismo) se mostró incapaz de retener el monopolio que reclamaba o de ejercer el papel principal en la difusión del revisionismo. Estas características facilitaron que el revisionismo se abriera aún más hacia el campo de la política. De allí siempre había venido un ímpetu importante,

²⁶ Roberto Baschetti (comp.), *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970* (La Plata: La Campana, 1997), pp. 394-395.

²⁷ Véase en general Ariel Eidelman, *Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2004) y, sobre su actividad historiográfica la entrevista en *Todo es Historia*, N° 38 (1970), pp. 38-39. La serie en *Compañero* en N° 26-30, 19 de diciembre de 1963 etc.

²⁸ Baschetti (comp.), *Documentos de la resistencia*, p. 331.

pero esta fusión ahora se daba en esferas cada vez más amplias y, por lo tanto, más difícilmente controlables. Estos problemas, como muestra Julio Stortini, se manifestaron también en el ámbito del propio Instituto Rosas, donde la diversidad de ambiciones políticas y las tentativas de instrumentalizar el instituto como un vehículo para la promoción de éstas llegaron a amenazar seriamente la cohesión interna.²⁹ Como más tarde declararía el entonces presidente Rosa, hacia fines de los sesenta le era casi imposible atenuar los conflictos que se produjeron entre peronistas y no-peronistas en los debates del instituto.³⁰ Las extendidas redes de los revisionistas llegaron a invadir el instituto, de modo que, cuando en 1968 se decidió de nuevamente publicar el boletín, su editorial celebró el hecho de que el revisionismo había ganado la simpatía del gran público y declaró “la victoria del revisionismo”, pero al mismo tiempo lamentó que se hubiesen “perdido un poco, historiográficamente hablando, el empaque y la seriedad.”³¹

Conclusión

Partiendo de la premisa del éxito del revisionismo en los años sesenta, hemos relacionado este avance con las instituciones y redes sociales sobre las cuales se apoyaba. Por un lado, los revisionistas trataron de establecer vínculos a nivel gubernamental y los resultados de estas tentativas no siempre eran tan limitados como ellos mismos solían afirmar. Después de 1958, cuando la revista del Instituto Rosas empezó a ser publicada nuevamente, sería difícil sostener que una especie de prejuicio excluyera al revisionismo tan sistemáticamente como sugerían sus reclamos, aunque su presencia en la universidad pública, en proceso de modernización entre 1955 y 1966, sería escasa. Las expectativas mejoraron sobre todo con el golpe de Onganía, cuya orientación cultural nacionalista prometía el cambio largamente por tanto tiempo. Al mismo tiempo, el Instituto Rosas y una asociación más efímera (y con un objetivo menos inequívocamente revisionista) como la Fundación Nuestra Historia trabajaron para el mejoramiento de tales contactos. Sin embargo, su contribución a la amplia difusión del revisionismo en esos años parece haber sido limitada. Las personas que participaron en este

²⁹ Stortini, “Polémicas y crisis”.

³⁰ Pablo José Hernández, *Conversaciones con José María Rosa* (Buenos Aires: Colihue, 1978), pp. 150-151.

³¹ *Boletín del Instituto Rosas*, segunda época, Nº 1, julio de 1968, p. 3.

espacio institucional, por lo general, no eran las que celebraron la presencia de sus libros en las listas de best-seller.

En cambio, la producción de estos libros provino de un campo mucho más difuso y estrechamente vinculado con la militancia peronista. La dimensión institucional desempeñó un papel subordinado dentro de estas redes. Por lo tanto, el revisionismo como efectivamente puede ser entendido como una “formación cultural” en el sentido de Williams, como ha propuesto Alejandro Cattaruzza,³² a través de la cual se fomentó una “tradición selectiva”. Este tipo de “formación”, según Williams, “de ninguna manera puede ser identificada completamente con instituciones formales, o con sus significados y valores formales, y a veces aún puede ser positivamente contrastada con éstas.”³³ De hecho, los vínculos con la militancia no sólo abrieron el camino hacia un público lector hasta hacía poco tiempo inesperado, sino también ejercieron tensiones dentro del revisionismo. Eran las vicisitudes políticas que llegaron a dominar la suerte del revisionismo y no sus instituciones. De este modo, el apogeo del revisionismo, que quizás puede fecharse al año 1973 cuando se produjo su “oficialización”, al mismo tiempo era un punto de inflexión. Ya al año siguiente, mientras la confrontación entre las distintas vertientes del peronismo tomaba formas cada vez más violentas, el entusiasmo por la celebración del “Día de la Soberanía” había prácticamente desaparecido y de allí en adelante disminuyó sensiblemente la tirada de Peña Lillo. En la permeabilidad frente a la militancia política no solamente residía la fuerza del revisionismo sino también su vulnerabilidad.

³² Cattaruzza, “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”, en: Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960* (Buenos Aires: Alianza, 2003), p. 146.

³³ Williams, *Marxism and literature*, p. 119.

Bibliografía

- Roberto Baschetti (comp.), *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970* (La Plata: La Campana, 1997).
- Armando Raúl Bazán, "La investigación histórica en la Argentina (1940-1973)", *Investigaciones y Ensayos*, N° 16 (1974), pp. 211-227.
- Pierre Bourdieu, *Les règles de l'art: genèse et structure du champ littéraire*, 2ª edición (Paris: Éditions du Seuil, 1998).
- Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia: Argentina 1860-1960* (Buenos Aires: Alianza, 2003).
- Fernando J. Devoto y Nora Pagano (comps.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay* (Buenos Aires: Biblos, 2004).
- Ariel Eidelman, *Militancia e historia en el peronismo revolucionario de los años 60: Ortega Peña y Duhalde* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación, 2004).
- Tulio Halperín Donghi, *El revisionismo histórico argentino* (Buenos Aires y México D. F.: Siglo XXI, 1971).
- Pablo José Hernández, *Conversaciones con José María Rosa* (Buenos Aires: Colihue, 1978).
- Arturo Jauretche, *Política nacional y revisionismo histórico* (Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1959).
- Arturo Peña Lillo, *Memorias de papel: los hombres y las ideas de una época* (Buenos Aires: Galerna, 1988).
- Juan Domingo Perón, *Los vendepatria: las pruebas de una traición* (Buenos Aires: Liberación, 1958).
- Diana Quattrocchi-Woisson, *Un nationalisme de déracinés: l'Argentine, pays malade de sa mémoire* (Paris y Tolosa: CNRS, 1992).
- Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2002).
- Julio Stortini, "Historia y política: producción y propaganda revisionista durante el primer peronismo", *prohistoria*, no. 8 (2004), pp. 229-249.
- Oscar Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, 3ª edición (Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1993).
- Raymond Williams, *Marxism and literature* (Oxford: Oxford University Press, 1977).